

Comisión 10

Título: **Reflexiones críticas a las políticas públicas sobre la vejez**

Odile Pedrido

Gracia González Escudero

*"Pasaron 30 años y de eso se trata:
de mostrar lo que nos pasó en este tiempo
por el cuerpo y por el alma."*

*María Escudero
Doctora Honoris Causa
Universidad Nacional de Córdoba, 1999.*

Introducción.

Consideramos que a la vejez debemos definirla, con gran simpleza, como un ciclo en la vida del hombre y la mujer que han cumplido con todas las etapas precedentes desde la niñez en adelante, en el que las personas mayores de 80 años son calificadas “viejas” o “ancianas”, sin que en esto haya connotaciones desfavorables de ninguna clase. Mientras quienes tienen más de 65 años o dicho desde otro ángulo, aquellos que ya han llegado al momento de la jubilación, son las consideradas personas “adultos mayores” como tipo diferenciado del anterior y más allá de cualquier confusión al respecto.

Pero lo que parece sencillo puede volverse complejo si pensamos que el tema de la vejez, en el marco de la sociedad actual, puede resultar un fenómeno problemático en tanto implica una suerte de tríada con un sin número de consecuencias cada una. Nos referimos a:

1) La existencia de progresos científicos y tecnológicos que -sobre todo desde el siglo XX- han incrementado la esperanza de vida, mientras se encuentran en baja las tasas de natalidad, elevando cuantitativamente el número de personas mayores sin distinción (65 años en avance);

2) La involución sostenida, continua, provocada por crisis económicas que limitan con mayor fuerza los bienes y recursos destinados a la atención de quienes forman parte de esos subgrupos, disminuyendo progresivamente su calidad de vida cuando no anulándola. *Y el probable origen de otros dos fenómenos que, entendemos escapan en parte a esta propuesta aún cuando no podamos dejar de mencionarlos, y que se concentra en los “jóvenes-viejos”: personas que sin superar los 30 años, cuando no menos, por una cantidad variada de razones (desgano, frustraciones, drogadicción, alcoholismo, entre otras) asumen la calidad de “viejos” o “jóvenes-viejos”; y los “viejos jóvenes”, quienes se mantienen por la fuerza de un*

mundo interior enriquecido por los años y por una independencia a veces patrimonial pero, en general, vivencial ;

3) La ausencia de empatía por parte de la sociedad: de ámbitos públicos específicamente, de áreas privadas, de las personas que los rodean, o se encuentran en contacto con ellos cualquiera sea la causa.

Las relaciones entre estos tres supuestos traen aparejadas múltiples actuaciones combinadas, de carácter objetivas (originadas en factores externos: históricos, económicos, políticos, sociales, entre otros) que, unidos a la construcción de la vejez en relación a la subjetividad de los individuos considerados “viejos” y “adultos mayores” pueden resultar disfuncionales y hasta dramáticos por las consecuencias negativas en las vidas de estos actores y su implicancia en el plano social.

El hecho de que “lo cuantitativo” no sea acompañado por “lo cualitativo”, esto es que el número de individuos de más de 80 años y de más de 65 años reflejado estadísticamente sea cada vez mayor sin que se encuentre acompañado de una explicación ajustada a los datos que se poseen, nos muestra con claridad la ausencia de predicción social.

No sólo falta lectura del texto numérico sino que existe ausencia en la comprensión de actos y hechos y, tal vez a través de los años, hayamos patentado un proceso de omisión que va desde la pobreza de iniciativas, pasando por una probada incredulidad que ha terminado por transformarse en indiferencia.

Dicho esto, cabría preguntarse ¿Cuál es el lugar asignado por nuestra sociedad a las personas mayores? o ¿Cuál es el rol que éstas vienen a cubrir?

De hecho, nosotros nos sentimos obligados a ingresar al espectro de la vejez, por ejemplo, a los “adultos mayores” debido a que la visión o conciencia social de la vejez apunta sin distinción a los individuos mayores de 65 años.

Y es que las respuestas sociales que se ensayan, no alcanzan a delimitar los tantos entre unos y otros en el establecimiento de sus necesidades y expectativas ni sobre las del “ser humano viejo”. Ambas etapas acaban por ser una única instancia degenerativa, en la cual hombre y mujer resultan improductivos. De manera que no se tienen en cuenta los matices por los que pasan los actores en estudio desde el momento de su jubilación ni la experiencia de vida de quienes han recorrido un camino aún más largo.

Las implicancias de la vejez, como tal, desconocida y mucho más amplia de lo estipulado, se sucede, para familiares, amigos, personas próximas o personas en general, entre un espacio en el que la misma es, por un lado, un problema potencial, amenazante y, por el otro, una carga más o menos razonable. Es así como podemos visualizar en los sujetos mayores los trastornos característicos que presentan al ser calificados como “objetos” en cuanto a las circunstancias propias –individuales y patrimoniales, lo mismo da- hasta su exclusión del sistema.

Sistema que no los registra, no los contiene (muy lejos de los “discursos” de imposibilidades político-económicas) y que los asimila a parias con partidas de “muertos civiles”.

Esto indica que, sin contar las zonas grises, en el primer supuesto, el inicial, puede surgir la legitimación de los demás ante lo diferente: una suerte de autoengaño frente a lo que no se conoce pretendiendo conocerlo.

Y en el segundo supuesto, la idea de un “viejismo” inútil, obstaculizador, por momentos incontrolable, que acaba por tener como respuestas al canto el surgimiento de hostilidades de diversos grados por parte de los otros que ya no tratan en lo más mínimo de legitimar ninguna actitud o conducta ante esta cuestión.

A este aspecto social, entonces, lo calificamos expansivo porque se origina en el círculo más íntimo del llamado “viejo” –hacemos hincapié: teniendo gravitación tanto en aquellos que están en vías de llegar a la vejez como en quienes ya son parte de ella, o sólo tienen contacto con esta temática- incluye, además, a los que se consideran razonablemente meros observadores de lo que sucede de modo independiente de quienes ni siquiera toman en cuenta este tema y que tampoco, con un toque de imaginación, lo hacen suyo pareciendo desconocer que el paso de los años nos afectará a todos tarde o temprano.

El peso de la balanza, en el tema de la vejez, se inclina en desfavor sobre los protagonistas, los que los acompañan de mal modo o aún de buen modo, los desatienden, los abandonan a su suerte, o los ignoran, muchas veces, en forma deliberada.

La identidad como proceso y reconocimiento, como visión personal y ajena, es un cúmulo de historias individuales y enlazadas a otras tantas tomando en consideración, también, el contexto de su desarrollo, la rapidez con la que vivimos junto a las falencias económicas en que nos encontramos.

No resulta rara la falta de creatividad de todos los sectores sociales –sobre todo los públicos- para superar muchos de esos tropiezos ante un modelo de hombre/mujer superestimado siempre que sea productivo y capaz de recrearse a sí mismo durante el lapso de “vida activa” hasta aproximarse a los 65 años.

Si bien las personas mayores lo son, en general y por definición, aquellas que han llegado a un punto máximo e ideal del camino-vida, siendo justo que podamos hablar de deterioros no determinantes pero reales, el hecho se encuentra en la necesidad de fortalecer pautas culturales y sociales que impiden un mejor desarrollo, una visión más propicia que facilite y mejore las condiciones de vida.

En otras palabras, los parámetros socio-culturales que descartan, por medio de distintos modelos, a las personas mayores (ya sea a través de actos concretos, gestos determinados, comentarios inapropiados o inacciones involuntarias o sopesadas) repercuten en la sociedad en su totalidad y en las personas mayores que terminan por percibirse a sí el eje del estado “vejismo” como si se tratara de una tragedia, llegando, a aceptar cuando no a asumir desgastes físicos y psíquicos que no son tales: elevándose hacia o aislándose dentro de una actitud de resignación, miedo, soledad e inercia, que no les permite tomar una perspectiva adecuada a sus circunstancias.

Las restricciones dirigidas a cualquier apertura personal o de reafirmación y superación personal y social se extinguen ya sea por que no se escuchan las propuestas de quienes nos preceden o no se hacen propuestas al respecto amparándose a la intolerancia.

El simple hecho del paso del tiempo, más que la cesación de la actividad profesional, laboral o laboriosa en beneficio de quien lo ha experimentado y de aquellos que venimos detrás; acaba por ser una condena para quien, volvemos sobre lo dicho: es dejado de lado por improductivo.

No obstante, cualquier tipo de acercamiento en la comprensión y el entendimiento combinado como, en el presente caso, a través de la revisión de los datos obtenidos del cine argentino de los últimos veinte años –herramienta al fin- son causales que nos devuelven la esperanza en la búsqueda de un debate reflexivo, objetivado hacia una concertación de intereses básicos, manifestados previamente en el celuloide, dándonos una imagen parcial, o no, de nosotros como sociedad.

El cine argentino nos lleva de la mano generando una crítica real, construida por medio de historias que recrean nuestro propio andar social a partir de la familia y sus innumerables interacciones alrededor de la vejez o en contacto con ella. La vejez-fantasía-ilusión o

realidad que nos brinda nuestro cine, domina las situaciones de los más jóvenes, de los menos jóvenes y de quienes, en general, se complican por los desajustes –producto de la incompreensión- del complejo del intercambio entre las generaciones que marcan cada libreto.

Metodología de trabajo.

Esta presentación, parte de un estudio más arduo y que obtuvo un subsidio de la Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (GCBA, 2004)*. Es, aclaramos, una síntesis de la línea de análisis de la vejez a la que nos ceñimos y que, en la actualidad, presentamos ante este Congreso Nacional de Sociología Jurídica.

El método de trabajo que utilizamos para llevarlo a cabo consistió en:

A.- Tomar el material de filmografía durante el lapso entre la llegada de la democracia (diciembre de 1983) durante 20 años (hasta 2003/2004);

**Premio Proyecto “Cine y Construcción de Ciudadanía”. Gobierno Ciudad de BS AS, 2005. Dirección: Carlos Lista, Mario Gerlero. Coordinación: Odile Pedrido.*

B.- Dividir el material de filmografía en tres períodos, coincidentes con diversas Administraciones de Gobierno en atención a la voluntad política dominante en cada una de ellas;

C.- Relevar las películas cuya temática estuviese dirigida a la vejez y elegir, a su vez, aquellas que resultaran las más representativas teniendo en cuenta el protagonismo del tema como asunto primordial;

D.- Analizar por medio de elementos expresos (argumentos, imágenes y sonidos) e implícitos (mensajes-síntesis discursivos) los propósitos y las reflexiones de sus hacedores;

E.- Construir a raíz de la recolección de estos datos una línea crítico-cultural representativa de la problemática en sí.

Con estas metas elegimos seis películas, para este caso, que consideramos claves para el tratamiento de la vejez o de la adultez mayor (sea bienvenida la confusión en este tema al menos si nos adelantamos a las conclusiones), sin perjuicio de algunos elementos extras que pertenecen a películas o filmaciones que, si bien, no abordan el tema directamente, en un

punto lo tratan y pueden constituir un aporte en la visión social, cultural y global que el cine nos ofrece.

Desarrollo.

En muy apretado resumen extractamos lo fundamental del estudio realizado:

Primer período: Década de 1980.

-“Esperando la carroza” (1985). Proposición paradigmática en el tratamiento de la vejez y en la historia de nuestro cine. Es un filme de exportación que no ha perdido su vigencia nacional e internacional a lo largo de 20 años.

Esta obra aplica el “grotesco”, rozando la idea del olvidado “sainete nacional”, en una expresión audaz en la lectura de las conductas de los personajes de una familia de estrato medio-bajo, urbana, en torno a la figura de “Mamá Cora”. Una mujer de 80 años que representa una carga para sus hijos y nietos como fruto de una profunda incomprensión y egoísmo en el cual se entremezclan intereses particulares, patrimoniales y estereotipos acerca de la vejez.

Segundo período: Década de 1990.

-“Matar al abuelito” (1991/1992). A través de esta trama reconocemos la interacción de los miembros de una familia poderosa económicamente debido al liderazgo de su “patriarca”, un hombre de aproximadamente 80 años, cuyos hijos intentan deshacerse de él para realizar la partición anticipada de la herencia.

-“Besos en la frente” (1996). En el marco de un planteo sofisticado, se trabaja la temática de la vejez a partir de los problemas existenciales de una mujer de 80 años que, lejos de padecer el entorno de sus dos anteriores colegas, se integra a éste –con mayor o menor fortuna– sosteniendo la sensación de la juventud interna ante el paso inexorable del tiempo.

-“Sol de otoño” (1996). La propuesta presenta a un adulto mayor envejecido a raíz de su viudez, la ausencia de su hijo y una enfermedad que lo aqueja. No obstante, combate su adversidad al decidir poner fin a esta situación buscando una pareja acorde a su edad.

Tercer período: Década de 2000.

-“Cleopatra” (2003/2004). Este argumento recrea las expectativas y necesidades de una adulta mayor en camino hacia una vejez cuyo modelo predeterminado rechaza de plano.

Cansada de la realidad en la que se encuentra: un marido depresivo por falta de trabajo, dos hijos que ya han abandonado el hogar, e intentos constantes de trabajar para mantener cierta estructura familiar, abandona su casa y comienza un recorrido en el que pretende recrearse a sí misma. Esto le permite conocer otros modos de vida y, en particular, dos situaciones contrapuestas: en primer término, la de un “adulto mayor” (su marido) que ya se considera “viejo”, y en segundo término, la de un “viejo” (un hombre con quien traba amistad) que transita aún por un espacio de esperanzada juventud.

-“Conversaciones con mamá” (2004). Narra los pormenores de una mujer de 82 años, consciente del rol que juega en la vida de su familia real pero que considera inexistente en su vida si no fuera por la presencia de su único hijo y de un amigo que es, además, un “adulto mayor” quien por momentos se siente “joven” y por momentos se siente “viejo”.

Conclusiones.

1.- En todas estas películas encontramos los diferentes modelos a los que nos referimos en la introducción: “viejos”, “adultos mayores”, “jóvenes-viejos” y “viejos-jóvenes”.

2.- La importancia de los “adultos mayores” en el tratamiento de la vejez se origina en la visión generacional y social de los mismos, como individuos que devienen en improductivos en el momento que inician sus trámites de jubilación o pensión, sin perjuicio de que, en realidad, puedan gozar de estos beneficios o no hayan perdido sus trabajos.

3.- También comprobamos la existencia de algunos factores comunes en los miembros de estos subgrupos sin distinción: a) Existenciales: sensación de juventud en la vejez; sensación de vejez en la juventud o en la adultez mayor; b) Necesidades: mayor espacio familiar y social; c) Indefiniciones: en el rol de sus protagonistas ante sus demandas ignoradas por un entorno que no les presta atención; d) Desconcierto y resignación frente a los temores, fundamentalmente en cuanto a los recuerdos, sus propias importancias en el círculo familiar en otros tiempos, y el miedo a la soledad; e) Manejo de posiciones: personales o sociales, por los temores mencionados anteriormente, a través de patrimonios o bienes básicos o importantes; d) Actitudes de aislamiento impuesto por el medio, no consentido; auto aislamiento deseado o malquerido ya sea como forma de protesta o de desgano;

4.- En tanto las diferencias son marcadas en cuanto a tiempo y espacio a lo largo de los últimos 20 años. El primer período es sumamente crítico y cuestionador del trato que reciben los viejos. El segundo período manifiesta bajo un velo de ingenuidad, nostalgia y picardía asuntos de alto contenido como el amor, la soledad y el recuerdo. Y, por último, en el tercer período con suma habilidad, se abordan situaciones propias de un cine–espejo o reflejo de una realidad parcial, entendida como una parte del arte en su totalidad, que tiende a ensayar una salida no siempre convencional, semejante a una propuesta o guiño curioso por parte de los realizadores.

5.- La comprensión socio-cultural de la vejez ciudadana ejemplifica, con la ayuda del cine, planos o espacios reducidos a raíz de la simplificación de proyectos políticos que, dejando de lado las consecuencias de ciertas elecciones, acaban por postergar, a nuestro juicio, de modo indefinido a los sectores poblaciones pilares que nos preceden.

6.- El factor económico y cultural se divide entre las circunstancias privadas y públicas conforme los distintos sectores y períodos. Es así como se refiere en los dos primeros, de modo más insistente aunque no excluyente, al privado, a las ambiciones patrimoniales del entorno familiar del “viejo” inclusive en estratos más deprimidos en estos sentidos. En el segundo, en cambio, la crisis económica y política se vuelve eje central y determinante en la subsistencia de sus personajes.

BIBLIOGRAFIA.

Goffman, I. – Internados. Amorrortu, Buenos aires, 1987.

Zarebski, G. – Hacia un buen envejecer. Emecé Editores, SA. Buenos Aires, 1999.

Mallimacci, F. e I. Marrone (compiladores) – Cine e Imaginario Social. Facultad de Ciencias Sociales. Carrera de Sociología. Oficina de Publicaciones del CBC. UBA, 1997.

Marrupe, R. y A. Portela – Un diccionario de Cine Argentino. T I y II. Corregidor. Buenos Aires, 2004.

Salvarezza, L. – Psicogeriatría. Teoría y clínica. Editorial Paidós. Buenos Aires, 1988.

FILMOGRAFÍA ARGENTINA

Esperando la carroza, 1985.

Matar al abuelito, 1991/1992

Besos en la frente, 1996

Sol de otoño, 1996

Cleopatra, 2003/2004

Conversaciones con mamá, 2004